



La Santa Sede

***PALABRAS DE JUAN PABLO II
AL INICIO DE LA MISA
EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL PAPA PABLO VI***

*Fiesta de la Transfiguración del Señor
Miércoles 6 de agosto de 1997*

Hoy se celebra el aniversario de la muerte de mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, que falleció en la fiesta de la Transfiguración del Señor, el 6 de agosto de 1978.

«En su rostro resplandece la gloria del Padre» (Salmo responsorial). La liturgia de hoy nos invita a contemplar a Cristo en el acontecimiento de su gloriosa Transfiguración, para que, escuchando su palabra, podamos heredar la vida inmortal. El inolvidable Pontífice vivió enteramente consagrado a la causa del Evangelio. Amó a Cristo con todas sus fuerzas y vivió al servicio de la Iglesia, comprometida en el arduo camino conciliar. Ofreció todo a Dios, y particularmente en sus últimos años, marcados por grandes sufrimientos, para que el Espíritu la renovara con su fuerza: «Puedo decir que siempre la he amado (a la Iglesia) —escribía ante la perspectiva cercana de su muerte— y para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiese; y que yo tuviese la fuerza de decírselo, como una confidencia del corazón, que sólo en el último momento de la vida se tiene la valentía de hacer» (*Meditación ante la muerte: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de agosto de 1979, p. 12).

Recogemos hoy con veneración y gratitud esa confidencia. Ojalá que el recuerdo de este Pontífice nos impulse a todos a servir cada vez con más generosidad a la Iglesia y al Evangelio, que sigue anunciando hoy para cumplir con fidelidad el mandato de Cristo.

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana